

La relación tiempo-eternidad en la teología de las realidades terrenas según el Padre Luis María Etcheverry Boneo

[Dra. Lila Blanca Archideo](#)

Como discípula del Padre Etcheverry Boneo quisiera presentar algunas notas de su pensamiento de teólogo en la síntesis que en esta época él concebía en el campo de la historia del pensamiento con el encuentro de científicos, artistas, técnicos, filósofos y teólogos.

Ya en las décadas del '40 y '50 anotaba que las ciencias que descubren leyes del macrocosmos y del microcosmos y las tecnologías que facilitan el conocer y todo el quehacer humano, con la filosofía, debían encontrarse en esa mesa común y buscar las analogías que las lleven a indagar el misterio del hombre y del cosmos y en definitiva de todas las *realidades terrenas* -de esas realidades que se dan en *el tiempo*-. Analogías que deben encontrar su analogado principal en el saber teológico.

Cuando el Concilio Vaticano II en la *Gaudium et Spes*, después de mostrarnos con fuertes lineamientos la situación del hombre en el mundo contemporáneo -y también la dignidad de la persona y de su vida social- nos presentó la actividad humana en el mundo y la misión de la Iglesia en él, el Padre Luis María Etcheverry Boneo no ocultó su alegría: la Iglesia presentaba en una síntesis apretada lo que había ocupado su labor sacerdotal de teólogo desde el lejano 1944^[1]. Su labor pastoral al servicio de la Iglesia fue ante todo cultural. A los "Colegios Universitarios" masculinos y femeninos y a los Colegios Secundarios, también de ambos sexos- que creó en Buenos Aires y se multiplicaron en varias ciudades del interior del país con su orientación- les dio cursos anuales de visión cristiana del mundo desde el año 1946 hasta su muerte en 1971. A propósito del Concilio Vaticano II dio numerosos cursos de actualidad y trató en modo particular la Constitución *Gaudium et Spes*. En los numerosos temas de formación que da todos los años la temática de fondo es la *cristianización del mundo de la naturaleza y de la cultura* para llegar a una *evangelización de la cultura* a fin de "recapitarlo todo en Jesucristo" (Ef.1, 10) y lograr que se contribuya a una *sacramentalización de lo social y cultural*. Como no sería posible nombrar todos sus antecedentes del tema que nos ocupa, agregaremos sólo que uno de sus últimos cursos fue sobre: *El Cristianismo frente a la actual cosmovisión: conocimiento, juicio, valoración y acción*, en 1969. En efecto, intuía y pensaba una visión cristiana del hombre, de la sociedad, de la naturaleza y de la cultura a partir de la teología dogmática y moral de las que hace seguir una teología de las realidades terrenas.

Teología de las realidades terrenas

El Padre Etcheverry Boneo aborda la problemática de la entidad de esta teología de las realidades terrenas^[2]. Se plantea, desde el punto de vista ontológico, si los datos revelados influyen o no en develar en las realidades terrenas un ser o una parte de ser que no sea cognoscible a la ciencia o en definitiva a la luz de la simple razón natural. Se pregunta si los datos no formalmente humanos, los misterios no relativos inmediata y formalmente al hombre tienen alguna repercusión inmediata sobre las actividades terrenas del hombre y sobre los efectos de esas actividades^[3].

Dios que crea el mundo es Dios Uno y Trino y el que conozcamos con la sola luz natural la Unidad de Dios y no su Trinidad no quiere decir que Dios no haya podido hacer a las creaturas de alguna manera participantes de su Trinidad, aunque esta

participación no es inmediatamente cognoscible como es cognoscible por la razón la participación de Dios Uno y Creador.

Si advertimos esa posibilidad nos damos cuenta cómo un dato de la Revelación que de suyo no es inmediatamente psicológico ni antropológico sino que es teológico -en cuanto un dato sobre Dios mismo-, nos sirve para interpretar la realidad humana porque ese dato suministrado por la Revelación lo encontramos de alguna manera reproducido -en virtud de esa participación que admitimos- y actuado en el ser del hombre, en su psicología, en su obrar y en los productos de ese obrar humano: en las ciencias, en las artes, técnicas, etc., y en las entidades sociales.

El Padre Etcheverry Boneo dice que las cosas son algo más que vestigios, porque al referirlas al Padre en cuanto tienen ser, y al referirlas al Hijo en cuanto forma y al Espíritu Santo en cuanto ordenamiento, no sólo nos están hablando de que existe el Padre sino que de alguna manera nos están diciendo que el Padre tiene una referencia especial al ser, y no sólo nos están mostrando la existencia del Hijo sino que nos dicen cómo es el Hijo y no sólo nos dicen de la existencia del Espíritu Santo sino que nos dicen que es el amor que une al Padre y al Hijo.

Las ciencias, artes y técnicas, así como la filosofía, tienen su autonomía en el estudio de las realidades terrenas respecto de la teología, por lo tanto hay una epistemología que puede delinear la metodología de las ciencias, artes y técnicas distinta de una metodología de la teología de las realidades terrenas, aunque el objeto o la función a la que se refieran sean los mismos[4].

¿Cuál es el punto de partida que posibilita al Padre Etcheverry Boneo hablar de un método discursivo -inductivo o deductivo- y analógico para llegar a la teología de las realidades terrenas? Ante todo la validez de una teología de las realidades terrenas, por una parte, basándose -como lo anotamos más arriba- en que Dios Creador, que hizo al hombre a su imagen y semejanza, es un Dios Uno y Trino. La *imago Dei*, punto de partida de una antropología cristiana es tenida en cuenta por nuestro Autor además en relación con toda la comunidad humana. La razón de la sociabilidad del hombre la pone en la vida Trinitaria como fundamento primero y último: Dios al crear participa su ser -y al hombre se lo participa a su imagen y semejanza- o sea, analógicamente, el ser humano y la sociedad humana tienen mucho que aprender de las relaciones trinitarias, una vez que el hombre conoce por Revelación y a través de la teología esa vida divina. Así se puede saber qué quiso Dios al crear al hombre de su actuar sobre la naturaleza en *el tiempo* y sobre la cultura y las sociedades que ha de crear, uniéndose con los otros hombres. Dios le indicó someter y gobernar la tierra, y al dar Dios ese orden al hombre no habla sólo con voz de Creador sino de Padre y entonces ese gobierno tiene un destino no sólo de mostración de lo divino para ser glorificado objetivamente, sino de uso familiar para dar una gloria subjetiva. Esto permite lograr una analogía cada vez mayor con la naturaleza divina de todo lo creado por Dios y de lo cultivado por el hombre en *el tiempo*, y por ende una acción recta y santa[5]. Y ese orden lleva en definitiva lo creado al Creador como fin último y razón de todo otro tipo de ordenamiento. Fin último concebido como vida en la Casa definitiva del Padre[6]. El Padre Etcheverry Boneo anotaba -como secuencia del saber teológico también- que la Encarnación es el gozne fundamental para interpretar las realidades terrenas según la visión divina, en definitiva del mismo Jesucristo.

Al elevar Jesucristo la naturaleza humana al mismo seno Trinitario y al hacerla partícipe de su vida divina por la Redención -todo lo cual nos lo manifiesta la teología- el hombre no vive más sobre la tierra como hombre natural: ya el pecado original lo había colocado en un estado infranatural -accidentalmente hablando- y luego la gracia lo sana y lo eleva sobrenaturalmente. Por lo tanto ser y quehacer humanos, existencialmente,

dicen relación a dos verdades históricas conocidas en *el tiempo* y a la vez reveladas, o sea, que vienen mostradas por Dios en toda su realidad: el pecado -como grave transgresión al eterno querer de Dios- y la gracia -como participación del Ser eterno de Dios que eleva al hombre del *tiempo* a la *eternidad* y le abre en *el tiempo* el camino a la visión *eterna* de Dios.

Jesucristo nos enseñó a vivir como poseedores de esa participación de la naturaleza divina para alcanzar el fin último del ser y actuar humanos, término de ese camino que empieza en el *tiempo* y se prolonga en la *eternidad*. Por ello "*toda la cultura cristiana - afirma el Padre- y toda la civilización cristiana no es sino una extensión de la Encarnación* y la Encarnación es un hecho cultural y de civilización trascendental que define y diferencia radicalmente la cultura y la civilización cristianas de cualquier otra. Es un hecho histórico generador de una fuerza; ejemplarizador, en virtud de lo cual todo, después de la presencia de Jesucristo en el mundo, la tarea cultural y de civilización se hace a partir de Jesucristo, según Jesucristo, a imitación de Jesucristo y con la fuerza, con el ejemplo, con las ideas y con la tendencia de alguna manera hacia El" [\[7\]](#), o en contra de El.

Ese establecer la *relación de lo temporal con lo eterno* no es un agregado accidental, da la medida y la pauta del orden temporal, es algo esencial determinado por el fin mismo por el cual Dios ha creado todas las cosas y al hombre con sus capacidades. Por ello, ya sea ante lo creado que tenemos que descubrir, ya sea ante lo construido por el hombre, no se puede desconocer la relación con lo eterno, en definitiva con Dios, ese sentido religioso -lo que religa el hombre a Dios- si no se quiere conculcar el orden natural y su quehacer.

Dejado de lado lo eterno se desintegra lo temporal, se corrompe, sea físico o espiritual, porque pierde el rumbo que le señala el fin último y la cohesión que lo encamina con sentido a su fin.

Jesucristo es así un sacramento, un misterio que *une tiempo y eternidad* porque muestra y da en *el tiempo* alimento de *eternidad*. Y esto lo dejó Jesucristo en la Iglesia -sacramento Ella misma- y en los canales sacramentales que manifiestan y dan la gracia, la conservan, reparan la cancelación de esa vía a lo eterno que el hombre pudo y puede cerrar libremente en el tiempo.

Con cada acción litúrgica *no sólo* conmemoramos en la Iglesia los tiempos de Jesucristo como quien recuerda *un pasado histórico*, sino que la liturgia nos trae los *hechos como presentes* -sin borrar el pasado- con toda la gracia que cada realidad supone: a propósito del nacimiento y de la vida de Jesucristo, de su predicación, de su sufrimiento, de su muerte y de su resurrección y ascensión al cielo.

La relación tiempo-eternidad que la Encarnación instauró en la historia y la Redención completó -expresándonos con términos humanos- configura un punto de partida con el cual la teología de las realidades terrenas -siguiendo a la teología dogmática- permite instaurar el aporte del estudio de la visión divina proyectada a la misma realidad creada por Dios.

Y ello hace que *el tiempo cobre con la teología un valor distinto* al que muestra la filosofía y las ciencias -aunque hay filosofías que toman elementos de la teología revelada y especulativa y los formalizan filosóficamente-.

Es que Jesucristo vino a cambiar la noción misma de tiempo pues ya no es para la teología católica puro tiempo, sino que es *antesala de la eternidad*.

Lo eterno resulta así el alma de todo lo temporal y por ende es una deducción lo que *cifra el tiempo*.

La Encarnación transforma el tiempo haciéndolo participar de la eternidad. *La eternidad irrumpe en el tiempo* y con ello a la vez unifica el tiempo y hace posible la *aproximación a una noción que une pasado, presente y futuro*. Y la noción de presente tiene preeminencia por cuanto se relaciona al eterno presente de la eternidad. La Iglesia misma, prolongación mística de Jesucristo, nos introduce a lo divino a través de *un presente que es un Hoy eterno*.

Todo es un presente y será un presente también para las generaciones futuras porque la Iglesia *une misteriosamente pasado, presente y futuro* históricos, y, a la vez, muestra *la eternidad siempre presente*. Cada fiesta litúrgica -decíamos- es una participación presente de la gracia de lo que conmemora. No es que con esto la Iglesia rompa el ciclo histórico del hombre, lo acompaña en su ciclo con su propia liturgia, pero a la vez le hace constantemente vivir la realidad salvífica como presente.

Y el ser del hombre, participante privilegiado -como sabemos- del ser de Dios -porque creado a su imagen y semejanza- también tiene el sello de la eternidad que se introdujo en el tiempo con la Encarnación. Y *la libertad* "característica metafísica-transcendental del ser humano"^[8] *juega un papel fundamental en la noción que el hombre puede formarse del tiempo* y esto es a la vez un *excursus* filosófico teológico -me atrevo a sugerir-. Con la libertad, el hombre efectivamente *juega su relación tiempo-eternidad*. "La capacidad de elección por parte del sujeto no está limitada ni por la naturaleza, ni por la sociedad, ni por Dios mismo"^[9]. La clave de la elección no es la libertad de indiferencia (como pretende el racionalismo), sino la libertad esencial que oscila en la tensión finito-Infinito, y ella misma decide si se mantiene e intensifica esa tensión con la elección de lo Infinito, o bien si rompe esa tensión eligiendo lo finito al actuarse en los bienes contingentes.

La filosofía misma -entiendo- puede ponerse a estudiar la noción de pasado en el presente. El tiempo pasado nos pertenece -como seres espirituales que somos y en consecuencia con memoria y libertad- y por lo tanto nos es presente, presente como pasado, pero no presente en el pasado, sino que se hace presente en el presente. Así como la Gracia se consolida en el presente y nos mueve hacia el futuro con mayor fuerza y permite que apuntemos al fin último con Fe y Esperanza, así el presente tiene una dinámica hacia el futuro, hacia una posibilidad que no es meramente lógica, sino que tiene la realidad de la libertad.

La libertad es un elemento muy importante para introducirnos en el tiempo como concepción humana subjetiva.

La noción de estructura del tiempo, filosóficamente considerada, logra un aporte de la teología que permite intensificar el pensamiento sobre este tema: el presente se refiere al pasado -como presente y no como simple recuerdo de algo que fue- de modo que también el pasado se refiere al presente. Y este circular infinito del tiempo es tal, es decir, infinito, en cuanto hay un futuro, futuro como fin que da razón al pasado y al presente que participan del fin. Y así el futuro vivifica el presente hacia el pasado y es aquello mediante lo cual el presente se vivifica a sí mismo con su proyección al futuro.

Por ello, existencialmente el hombre no puede tener una noción de tiempo sin hacer jugar su intelecto y su voluntad libre. Allí se abre un camino en el cual *la teología de las realidades terrenas* aporta a la filosofía y a las ciencias ese cauce en el cual se da "la

gestación de lo Infinito en lo finito", como dice Kierkegaard, y que no está lejano de la irrupción de lo eterno en el tiempo que significa la Encarnación.

Entiendo que es un camino por recorrer a propósito de la *teología del tiempo* del que solo anoté los puntos de arranque.

Referencias:

[1] El Cgo. Etcheverry Boneo en las Conferencias Cuaresmales de la Catedral de Buenos Aires abordó temas de actualidad que extendieron su enseñanza teológica sobre la actualidad del vivir cotidiano desde 1950 a 1955 sobre: *El hombre de Hoy y el Cristianismo*, *La Iglesia y el mundo de hoy*, *El misterio y el problema del sacerdote*, *Los católicos y la nueva civilización*, *Visión católica del mundo*, *La primacía del amor*. Fue profesor de *Historia de la Cultura* en el Instituto de Cultura Religiosa Superior y en el Seminario Metropolitano tuvo a su cargo la cátedra de *Acción Católica* y dirigió el *Seminario de Historia de la Cultura*. Fue nombrado Director de los Cursos de Cultura Católica -antecedente de la Universidad Católica Argentina- y fue allí profesor de *Filosofía de la Economía*, *Teología de la Economía*, *Filosofía y Teología de lo social* y *Teología de las realidades terrenas* entre 1944 y 1958, año en que se creó la Universidad Católica Argentina. Fundada la Universidad, habiendo sido su principal gestor, fue Director del Instituto de Cultura y de Ciencias de la Cultura donde dirigió un seminario de investigadores de distintas ciencias a los que dio un curso de *Filosofía y Teología de la Cultura*.

[2] *Posibilidad de una Teología de las realidades terrenas*, Conferencia pronunciada en los Cursos de Cultura Católica, Buenos Aires, 1952, pro-manuscrito. (Los pro-manuscritos en archivo Institución "Servidoras", Federico Lacroze 2100, Buenos Aires, Argentina).

Las primeras grandes síntesis teológicas y filosóficas que permitieron las síntesis del arte, la ciencia y técnica hasta ese entonces conocidas: síntesis que se plasmaron en la construcción de catedrales y hasta en la de esa *Comedia* que pudo llamarse *divina* son antecedentes de la síntesis que hoy ha de tener lugar entre arte, ciencias, técnicas, filosofía y teología.

[3] *Idem*.

[4] Con respecto a la autonomía de las realidades terrenas, cfr. *Gaudium et Spes*, n° 36. Autores que debatieron el tema como: CONGAR, Y.M., *Per una teologia del laicato*, Brescia, 1971; Philips, P., *Laicato adulto*, SALES, 1965, entre otros: no tienen la misma coincidencia pues no se ve una delimitación epistemológica clara en las ciencias que tratan las realidades terrenas -ya que en parte se habla de una inspiración cristiana - como lo hizo también J. MARITAIN- más que de los objetos de una y otra ciencia.

[5] Cfr. este mismo tema en *Gaudium et Spes*, c. III, n° 33 a 38 y más recientemente *Laborem Excercens* de Juan Pablo II.

[6] Etcheverry Boneo, Luis María, *La religión, alma del orden social temporal. Sentido de las realidades terrenas*, Buenos Aires, 1945; *Glorificación objetiva y subjetiva*, Curso de Visión cristiana del mundo, Círculo Universitario, Buenos Aires, 1950-1953. *Teología de la pedagogía*, 1950.

[7] Etcheverry Boneo, Luis María. *El Cristianismo frente a la actual cosmovisión: conocimiento, juicio, valoración y acción*, Buenos Aires, 1969. Pro-manuscrito.

[8] Cfr. Cornelio Fabro, *Essere e libertà*, Corso di filosofia teoretica, Università degli studi di Perugia, 1967-1968.

[9] *Idem*.

